

TRES TEXTOS SOBRE MÉXICO

La forma del árbol

EN México, cerca de Oaxaca, hay un árbol que según dicen tiene dos mil años. Se lo conoce como "el árbol del Tule". Al acercarme, después de bajar de un autobús de turistas, antes de que el ojo distinga, tengo como una sensación de amenaza: como si de aquella nube o montaña vegetal que se perfila en mi campo visual llegara la advertencia de que allí la naturaleza, a lentos pasos silenciosos, decidió poner en práctica un plan que no tiene nada que ver con las proporciones y dimensiones humanas.

Estoy por lanzar una exclamación de maravilla comparando mi visión con el concepto de árbol que hasta ahora me ha servido para unificar todos los árboles empíricos que he encontrado, cuando me doy cuenta de que lo que estoy mirando no es el árbol famoso, sino otro de su misma familia que ha crecido no lejos, aunque un poco más joven y un poco menos mastodóntico, dado que la guía no lo menciona. Me vuelvo: el árbol del Tule propiamente dicho me lo encuentro allí de improviso como si hubiera brotado en ese momento. Y es una impresión completamente diferente de la que me esperaba. La extensión casi esférica de la copa que corona la desproporcionada amplitud del tronco, hace aparecer al árbol casi achaparrado. La mole se impone al ojo antes que la altura.

"El árbol del Tule" mide cuarenta metros de alto, dice la guía, cuarenta y dos metros de contorno. Su nombre botánico es *Taxodium distichum*, el nombre mexicano *sabino*.

Pertenece a la familia de los cipreses pero en realidad no se parece a un ciprés; es un poco como una sequoia, si esto puede dar una idea. El árbol domina una iglesia de la época colonial, Santa María del Tule, con frisos geométricos rojos y azules, como de dibujo infantil. Las raíces del árbol amenazan con desmenuzarse los cimientos de la iglesia.

Al visitar México nos encontramos cada día interrogando ruinas, estatuas, bajorrelieves prehispánicos, testimonios de un "antes" inimaginable, de un mundo irreductiblemente "otro" frente al nuestro. Y ahora encontramos un testimonio todavía viviente que ya vivía antes de la Conquista, e incluso antes de que se sucedieran en los altiplanos los olmecas, zapotecas, mixtecas y aztecas.

En el Jardín des Plantes de París siempre he mirado con maravilla la sección de un tronco de sequoia aproximadamente de la misma edad, expuesto como un compendio de la historia universal: los grandes hechos históricos de dos mil años a esta parte están indicados en pequeñas placas de plomo clavadas en los círculos concéntricos de la madera fechables en las épocas correspondientes. Pero mientras aquello es el despojo de una planta muerta, esto, el árbol del Tule, es un ser vivo que apenas da señales de fatiga en la circulación de la linfa hasta las hojas. (Para suplir la aridez de la tierra lo alimentan inyectándole agua en las raíces). Es, sin duda, el ser más viejo que me ha sido dado encontrar.

ITALO CALVINO

Traducción de Aurora Bernárdez

Me aparto de los turistas japoneses que retrocediendo o agachándose tratan de hacer entrar al coloso en sus objetivos, me acerco al tronco, doy vueltas a su alrededor para descubrir el secreto de una forma viviente que resiste al tiempo. Y mi primera sensación es la de la ausencia de forma: es un monstruo que crece —se diría— sin plan alguno, el tronco es uno y múltiple, como envuelto en las columnas de otros troncos menores que surgen adosados al mastodóntico fuste central o se separan de él casi como si quisieran hacerse pasar por raíces aéreas que hubiesen caído desde lo alto de las ramas como anclas para encontrar la tierra, cuando en realidad son proliferaciones de las raíces terrestres que crecen hacia arriba. El tronco parece unificar en su perímetro actual una larga historia de incertidumbres, acoplamientos, desviaciones. Como esquifes que no logran hacerse a la mar, surgen del tronco vigas horizontales cortadas hace mil años cuando estaban dando vida a una bifurcación de la planta y que han perdido toda memoria de su primera intención, para convertirse en cortas protuberancias gibosas. De los codos y rodillas de ramas que sobrevivieron al derrumbe en épocas remotas, continúan separándose ramas secundarias anquilosadas en una incómoda gesticulación. Nudos y heridas han seguido dilatándose, proliferando unos en excrecencias y concreciones, protuberando los otros con sus bordes desgarrados, imponiendo su singularidad como el sol en torno al cual irradian las generaciones de células. Y sobre todo esto, espesada, encallecida, creciendo sobre sí misma, la continuidad de la corteza que revela toda su fatiga de piel decrepita y al mismo tiempo la eternidad de aquello que ha alcanzado una condición tan poco viviente que ya no puede morir.

¿Quiere decir que el secreto del durar está en la redundancia? No hay duda de que repitiendo innumerables veces sus propios mensajes el árbol se asegura contra la continua posibilidad de accidentes mortales en cada una de sus partes, y consigue imponer y perpetuar su estructura esencial, la interdependencia de raíces, tronco, copa. Pero aquí estamos más allá de la redundancia: lo que me preocupa mientras doy vueltas alrededor del árbol del Tule es la disponibilidad de la morfología para cambiar los propios papeles, y la perturbación de la sintaxis vegetal: raíces que crecen hacia arriba, segmentos de ramas convertidas en tronco, segmentos de tronco nacidos de la yema de una rama. Y sin embargo el resultado, visto a distancia, sigue siendo un árbol —un superárbol— con raíz, tronco, copa en su justo lugar —superráiz, supertronco, supercopa—, como si la sintaxis perturbada se restableciera en un nivel superior.

¿A través de un caótico despilfarro de materias y de formas consigue el árbol darse una forma y mantenerla?

¿Quiere decir que la transmisión de un sentido está asegurada por la inmoderación con que se manifiesta, por la profusión con que se expresa a sí mismo, por sacar brotes, salga como salga? Por temperamento y por educación siempre he estado convencido de que sólo cuenta y resiste lo que se concentra hacia un fin. El árbol del Tule me desmiente, quiere convencerme de lo contrario.

La entrevista con el árbol debería empezar ahora, pero los turistas japoneses ya han disparado sus vanos fotogramas y han dejado de hormiguar en torno al gigante. Pero también yo debo volver a mi asiento en el autobús que arranca hacia las ruinas mixtecas de Mitla.

El tiempo y las ramas

Siempre en Oaxaca, otro árbol mexicano extraordinario, pero éste de estuco pintado, en una iglesia dominicana del Seiscientos. Es una decoración en relieve de la bóveda de la iglesia de Santo Domingo, sobre el motivo del árbol genealógico de Cristo, el árbol de Jesé (Jesé, padre de David, de cuya estirpe, según los profetas, nacería el Mesías), un motivo que en la historia del arte se identifica a menudo con el del Árbol de la Vida (en cuyo caso parte de Adán y vincula Caída y Redención a través de la continuidad del leño del Árbol y de la Cruz).

Del cuerpo de un personaje que yace boca arriba nace un tronco fino y retorcido que se ramifica cubriendo circularmente la bóveda con una armoniosa trama de volutas vegetales, de las cuales se separan personajes en relieve como racimos del sarmiento (la planta tiene también racimos verdaderos, y pámpanos, lo que nos autoriza a reconocerla como una vid). Los personajes se destacan coloreados sobre el revoque blanco: reyes con coronas de oro, obispos con mitra, guerreros con armaduras y yelmos empenachados como marionetas sicilianas, gentileshombres con amplios cuellos del Seiscientos. Figuras femeninas, al parecer, hay sólo un par, una de ellas monja. La cima del árbol, en la que convergen todas las frondas, sostiene, rodeada de cabezas de ángeles, la Virgen con el niño.

Identificar a los personajes no es fácil: si éste quiere ser verdaderamente un "árbol de Jesé", entonces quizá el fundador de la estirpe, acostado, sea David, y uno de los reyes será Salomón. Pero las figuras son esteotipadas e intemporales en su manera de vestir entre medieval y barroca, y también el orden es probablemente arbitrario: en los Evangelios la genealogía de Cristo va de padre a hijo según una línea única, mientras que aquí el tronco retorcido une directamente la figura de la raíz a la de la cima y todos los otros personajes asoman a diversas alturas en ramas laterales como generaciones de hermanos. Siempre que la naturaleza trepadora de la vid no lleve a leer la sucesión de un modo más libre, siguiendo un trazado serpenteante.

Según algunas guías, en cambio, la figura de las raíces sería Santo Domingo y las de las ramas glorias de la orden dominicana (pero entonces, ¿no deberían llevar todas hábitos eclesiásticos?), cuya fe converge en la gracia divina. Cualquiera que sea la interpretación iconológica exacta, el sentido del dibujo arbóreo es cla-

ro y de una eficacia visual inmediata: se trata de unir un punto de partida con un punto de llegada, ambos sagrados y necesarios, a través de una exuberancia de formas de vida que responden también a un dibujo armonioso, según la intención de la providencia divina o del arte humano que quiere representarla.

La profusión barroca de las frondas es una redundancia aparente porque el mensaje transmitido está justamente en esa profusión, y no se puede quitar o añadir una hoja ni una figura ni un racimo. Es decir, quiénes sean y cómo se llamen los personajes del relieve de estuco, importa hasta cierto punto: lo que cuenta es lo que a través de ellos se cumple.

El árbol del Tule, producto natural del tiempo, y el árbol de Jesé, producto de la necesidad humana de dar una finalidad al tiempo, son sólo en apariencia reducibles a un esquema común. Por haberlos encontrado el mismo día en mi itinerario turístico, siento que se extiende entre ellos la distancia entre el azar y el designio, la probabilidad y la determinación, la entropía y el sentido de la historia.

Más que el árbol de Jesé, un árbol genealógico que quisiera expresar verdaderamente el proceso de procreaciones y muertes que es la supervivencia humana debería asemejarse a un árbol verdadero con sus ramificaciones torcidas e inarmónicas, sus muñones, sus partes secas y sus partes verdes, las podaduras del azar y de la historia, su despilfarro de materia viviente. Más aún, debería asemejarse al árbol del Tule, donde no está claro qué es raíz, qué es tronco, qué es ramaje.

Pero los árboles genealógicos son siempre simplificaciones *a posteriori* que siguen una línea privilegiada, por lo general la sucesión de un título o de un hombre. En ciertos castillos franceses, en el puesto de tarjetas postales se venden árboles genealógicos de los reyes de Francia, para que los turistas puedan orientarse en los complicados acontecimientos de que han sido testigos aquellos lugares. Del tronco común de los Capetos salen los troncos de los Valois por una parte y de los Borbones por otra, con los diversos Angulemas y Orléans como ramificaciones secundarias, en un esquema arbóreo cuando menos asimétrico y forzado.

Un árbol genealógico verdadero debería ensanchar las propias ramificaciones tanto hacia el presente como hacia el pasado, porque en cada matrimonio debería figurar la unión de dos plantas, de lo cual resultaría una enredadísima maraña que se expandiría por todas partes, por truncarse en la franja irregular de las extinciones. Un arbusto cuyas ramificaciones por momentos se expanden, por momentos se contraen, porque en una zona geográfica determinada las familias, siempre las mismas, vuelven a mezclarse en cada boda. ¿La forma del árbol se renovarían remontándose a las raíces del género humano, como para el Adán y Eva de la iconología cristiana? Según la antropología contemporánea, hay que buscar estas raíces cada vez más lejos, a millones de años de distancia, y esparcidas por los continentes. (Lo que parece acercarse es el fin, la quiebra de todas las ramas una por una o todas juntas, la inminencia de la catástrofe demográfica, alimentaria, tecnológica...)

En Palenque los altísimos templos de escaleras se destacan sobre el fondo de la selva que los domina con espesos árboles todavía más altos, *ficus* de troncos múltiples como raíces, aguacates de hojas relucientes, avalanchas de trepadoras, plantas colgantes, lianas. Parecería que la vegetación estuviera por tragarse aquellos colosales vestigios de la civilización maya; más aún, hace ya muchos siglos que se los ha tragado y estarían sepultos bajo una verde montaña viva y proliferante si no fuera por los agudos filos de los hombres que, desde que fueron descubiertos, libran día a día batallas a la vegetación y permiten que las construcciones de piedra emerjan de la sofocante maraña de ramas y zarzillos.

Los bajorrelieves que los antiguos mayas esculpieron en la piedra representan, a través de figuras de dioses, astros, monstruos, el ciclo de la vegetación del maíz. Esto es por lo menos lo que explican los libros; lo que podemos comprobar a primera vista son conexiones de signos foliculares, florales y frutales, una vegetación de ornamentos que prolifera en torno a cada forma vagamente antropomorfa o zoomorfa, transformándola en una intrincada maraña. Por lo tanto, cualquiera que sea su significado, lo que los mayas fijan en la piedra son siempre formas vegetales: en el fondo de toda disquisición está el fluir de la linfa en las plantas; una relación casi especular se ha establecido entre la piedra esculpida y la selva. La maraña vegetal se espesa también en mi cabeza aturdida por el sol y el vértigo de las subidas y bajadas de aquellas escalinatas empinadas, y entre las ramificaciones de argumentos me parece entrever cada tanto una razón decisiva que un instante después desaparece.

Los bajorrelieves y la selva se definen y comentan mutuamente; el lenguaje de piedra cuenta y razona el proceso vital que lo circunda y lo determina. ¿Pero qué sentido tiene decir la palabra "selva" cuando la selva está allí, presente, amenazadora? Si es "selva" la palabra escrita en las figuras de los dioses - monstruos esculpidos, entonces los templos en la selva no son sino una gigantesca tautología que la naturaleza trata justamente de borrar por superflua. Las cosas se rebelan contra el destino de ser significadas por las palabras, rechazan ese papel pasivo que el sistema de signos quisiera imponerles, recuperan el lugar usurpado, sumergen los templos y los bajorrelieves, vuelven a tragarse el lenguaje que había tratado de afirmar su propia autonomía y erigirse sobre sus propios cimientos como una segunda naturaleza. Los bajorrelieves historiados por serpientes, plumas, hojas, desaparecen invadidos por nidos de serpientes y plumas de pájaros y por nudos de lianas; en vano el lenguaje había soñado con constituirse en sistema y en cosmos: la última palabra la tiene la naturaleza.

Ésta podría ser ya una buena conclusión, pero el mismo curso de pensamientos podría conducir también a un punto de llegada opuesto. La selva puede empecinarse cuanto quiera contra los templos; la piedra no se deja corroer por la putrefacción del mucílago vegetal, las figuras en las que se leen los nombres de los dioses no se dejan borrar por los líquenes y los hongos. Desde que el lenguaje existe, la naturaleza no ha podido abolirlo; continúa actuando, a pesar de todo,

en su ámbito separado que el ímpetu convulso de las cosas no roza. Los nombres de los dioses y los dioses sin nombre se enfrentan en una guerra donde no puede haber ni vencedores ni vencidos.

Pero cuando atribuyo a la selva una intención agresiva, cuando veo a las lianas actuando, asaltando, envolviendo al enemigo, no hago más que proyectar la mitología de los bajorrelieves en la vegetación de linfa. El lenguaje (todo lenguaje) construye una mitología, y este modo de ser mitológico compromete también lo que se creía existente con independencia del lenguaje. En cuanto el lenguaje hace su aparición en el universo, el universo asume el modo de ser del lenguaje y no puede manifestarse sino según sus reglas. Desde ese momento las raíces y las lianas forman parte del discurso de los dioses, del cual deriva todo discurso. Las gestas hechas de nombres, verbos, consecuencias, analogías, han implicado los elementos y las sustancias primeras. Los templos que custodian los orígenes del lenguaje en la cima de las escalinatas de piedra o en el fondo de criptas subterráneas han impuesto su dominio a la selva.

¿Pero estamos seguros hoy de que los dioses hablan todavía el lenguaje de la selva desde sus templos en ruinas? Tal vez los dioses que comandan el discurso han dejado de ser los que repetían el relato, terrible pero nunca desesperado, del sucederse de destrucción y renacimiento en un ciclo sin fin. Otros dioses hablan a través de nosotros, conscientes de que todo lo que termina no retorna.

SOBRE ESTE NÚMERO

Los sonetos de Ulalume González de León pertenecen al libro inédito Viajes 1975-1979.

Italo Calvino escribió varios cuentos y ensayos sobre México. Los tres textos que publicamos ahora son parte del Libro de arena cuya versión española pondrá pronto en circulación Alianza Editorial en México.

Fernando del Paso publicó antes de las novelas que le han dado justa fama, una plquette: Sonetos de lo diario. Nos alegra que ahora vuelva a practicar el género con la gracia de antes.

Luis Ignacio Helguera L., licenciado en filología, poeta y crítico, nacido en México en 1962.

Antonio Deltoro (1949) es el autor del libro ¿Hacia dónde es aquí?

Fernando Ortiz, joven poeta sevillano, es también ensayista y como tal ha colaborado antes en Vuelta.